

STAR EL ASCENSO DE SKYWALKER WARS™

RAE CARSON

Basado en los personajes creados por George Lucas

Guion de Chris Terrio y J. J. Abrams

Basado en la historia de Derek Conolly, Colin Trevorrow,

Chris Terrio y J. J. Abrams

 Planeta

© & TM 2020 LUCASFILM LTD

www.starwars.com

Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Título original: *Star Wars: The Rise of Skywalker*

Título en español: *El ascenso de Skywalker*

Textos: Rae Carson

Traducido por: Estela Peña Molatore

Primera edición en formato epub: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6766-1

Primera edición en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6758-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

CAPÍTULO 1

Sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, Rey no recordaba haberse elevado, pero tenía vaga conciencia de que, de algún modo, estaba flotando. Piedrecillas y pequeños guijarros volaban a su alrededor como un campo de asteroides orbitando en torno a su sol. La Fuerza fluía a través de ella, la impulsaba, la conectaba con todo. La exuberante luna tropical de Ajan Kloss estaba llena de vida. Podía sentir cada árbol y helecho, cada reptil e insecto. A unos pasos de distancia, en una madriguera oculta, una pequeña criatura peluda acicalaba a su camada de cuatro crías.

—Muy bien, Rey. —Era la voz de Leia, profunda y tranquilizadora como siempre—. Muy bien. Tu conexión cada día se vuelve más fuerte. ¿La sientes?

—Sí.

—Ahora, conecta con la Fuerza. Si tu mente está lista, podrás escuchar a aquellos que te precedieron.

Rey inhaló por la nariz y dirigió su atención al vacío. Leia decía que la paz y la tranquilidad eran la clave. Se co-

nectó, buscó, sintió la brisa sobre sus mejillas, olió el suelo mohoso empapado por la reciente lluvia.

—Vengan a mí, vengan a mí, vengan a mí —murmuró. Pero no escuchó nada, excepto el viento en los árboles y el chirriar de los insectos.

—¿Rey?

No quería admitir que estaba fallando, así que prefirió decir:

—¿Por qué dejaste de entrenar con Luke?

Sus palabras eran ásperas, casi retadoras. Leia lo tomó con calma.

—Otra vida me llamaba.

Aún con los ojos cerrados, Rey preguntó:

—¿Cómo supiste?

—Una corazonada. Visiones. De servir a la galaxia de otras maneras.

—Pero ¿cómo sabías que las visiones eran verdaderas? —insistió Rey.

—Lo sabía.

Percibió una sonrisa en la voz de Leia. Rey no comprendía cómo podía estar tan segura. De todo.

—Valoré cada momento que pasé con mi hermano —añadió Leia—. Las cosas que me enseñó... las uso todos los días. Una vez que tocas la Fuerza, es parte de ti para siempre. Con los años seguí aprendiendo, creciendo. Hubo ocasiones en el Senado donde las meditaciones que aprendí con Luke fueron lo único que evitó que causara un incidente galáctico.

Rey frunció el ceño. Leia no necesitaba paciencia. Podía haber hecho que cualquiera hiciera lo que quería, con el poder de la Fuerza. ¿En serio no había sentido la tentación?

—¿Se enojó Luke cuando renunciaste? —Esperó que Leia se diera cuenta de que ya podía hablar y flotar al mismo tiempo. Eso era un avance, ¿cierto?

Leia hizo una pausa para pensarlo.

—Se decepcionó. Pero lo comprendió. Creo que siempre tuvo la esperanza de que volviera algún día.

Rey estuvo a punto de reír.

—Qué iluso. —Una vez que Leia tomaba una decisión, se mantenía firme.

—Le entregué mi sable de luz para convencerlo. Le dije que se lo entregara algún día a un estudiante prometedor. —La voz de Leia se había endurecido. Rey sintió que no le estaba diciendo todo.

—¿Dónde está ahora tu sable de luz?

—No tengo idea. Ahora deja de intentar distraerme —dijo Leia—. Conéctate.

Rey volvió a concentrarse y vació su mente de preocupaciones, tal como Leia le había enseñado. Abandonó su conciencia. Se abrió a lo que la Fuerza tuviera que decirle. Intentó llamarlo: «¿Maestro Skywalker?». Nada, nada y más nada.

—Maestra Leia, no escucho a nadie.

—Deja ir todo pensamiento. Deja ir el miedo. Conéctate. Invita a los Jedi del pasado a venir contigo.

—Vengan a mí... vengan a mí... —Esperó un segundo, tal vez dos—. No vienen.

Rey hizo un ruido de exasperación y se dejó caer limpiamente hasta el suelo. Las piedrecillas cayeron con ella.

—Rey —dijo Leia. La general podía decir tanto con una sola palabra... castigo, aceptación, diversión, cariño. Tal vez por eso se había vuelto una líder tan poderosa—. Sé paciente.

—Empiezo a pensar que es imposible. Escuchar las voces de los Jedi del pasado —dijo Rey dando zancadas hacia Leia.

Su maestra siempre se las arreglaba para verse limpia e impecable, sin importar cuán fangosa estuviera su base improvisada. Traía el cabello recogido hacia atrás en un círculo de trenzas, y llevaba un chaleco acolchado sobre la túnica marrón. Siempre tenía joyería alderaaniana adornando sus orejas y envolviendo sus muñecas y dedos. Sus ojos eran brillantes y sabios, como siempre, pero Rey se daba cuenta de que últimamente se movía más lento, como si le dolieran los huesos. Conservaba un dejo de sonrisa.

—Nada es imposible.

Rey tomó su casco y se puso de pie.

—Nada es imposible... —repitió, tratando de creerlo—. Voy a correr en la pista de entrenamiento. Eso sí lo puedo hacer.

Necesitaba correr. O, tal vez, golpear algo. Leia le tendió el sable de luz de Luke. Lo tomó con reverencia. Enseguida echó a correr por la selva. BB-8 rodó detrás de ella.

Leia la vio alejarse con un asomo de sonrisa en los labios. Entrenarla la llenaba de orgullo, pero también de recelo. Rey era, al mismo tiempo, una estudiante maravillosa y exasperante. Se frustraba por lo que no aprendía con rapidez, incapaz de darse cuenta de cuán rápido aprendía.

Sin embargo, no podía juzgarla. Ella también había exasperado a Luke. Además su conexión con la Fuerza se hacía más fuerte con la edad. Cuando el cuerpo comenzaba a fallar, la mente se conectaba, sin la carga de las capacidades físicas. La verdad, Leia no podía correr por la selva,

aunque hubiera querido. La paz y la calma llegaban fácilmente porque su cuerpo las ansiaba.

Tal vez Leia nunca fue joven. A la edad de Rey, comandaba una rebelión.

Rey podría llegar a ser una gran líder y lo sería bajo las enseñanzas de Leia. La chica albergaba oscuridad en su interior, como Ben. Sin embargo, Leia no cometería los mismos errores que con su hijo. No se dejaría llevar por el miedo, ni por la oscuridad que crecía dentro de su alumna, ni por sus cuestionables cualidades como maestra. Lo más importante, nunca se alejaría de Rey.

Leia dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la base. Extendió una mano y dejó que sus dedos acariciaran los helechos y las enredaderas de hojas anchas que se alineaban en su camino. Ajan Kloss le traía buenos recuerdos. Años atrás entrenó ahí con Luke, quien lo había nombrado el «buen Dagobah». Afirmaba que era tan húmedo, cálido, verde y rebosante de vida como el planeta donde entrenó con Yoda, pero no olía mal.

Se detuvo en un claro. A su derecha, un gran árbol con un enorme tronco buscaba la luz del sol, extendiendo un dosel de ramas que daban sombra al claro, por lo que impedía que creciera nada excepto algunos helechos y unos cuantos pastos. Leia había entrenado ahí, en ese mismo lugar. Extendió una mano y tocó el tronco del árbol con reverencia. Se había formado una gran masa de corteza en torno a una vieja herida. Estaba casi sellada.

Ella lo había dañado. Se había inclinado hacia Luke con su sable de luz, había fallado y cortado el tronco. Durante más de dos décadas el árbol se había estado curando.

«Ay, Luke, espero estar haciendo esto bien», pensó. Leia no era una Maestra Jedi, pero había aprendido del mejor.

Y no solo de él; a lo largo de los años oyó ocasionalmente la voz de Obi-Wan Kenobi a través de la Fuerza, e incluso a veces la de Yoda. Algunas ocasiones sintió como si hubiera aprendido de la propia Fuerza. Ella era sobre todo una política y una general, pero aceptó el legado Jedi y lo afirmó de la mejor manera que pudo.

Y tal vez era eso exactamente lo que Rey necesitaba: ser entrenada en la Fuerza, no por un maestro formal, sino por alguien bien aterrizado en las minucias de la vida diaria y la supervivencia. Obi-Wan no logró apartar a Vader del Lado Oscuro. Luke tampoco lo logró con Ben. Ella no podía fallar con Rey.

Mientras caminaba, los insectos cantaban. Las aves trinaban sobre su cabeza, y pequeños anfibios gorjeaban sus llamadas de apareamiento. Era extraño cómo un lugar tan ruidoso podía ser tan pacífico. El ruido era tan fuerte, constante y relajante que era casi tan perfecto como el silencio.

Hacía bastantes años, no mucho después de la batalla de Endor, que descubrió el poder meditativo del sonido. Ella y Luke se habían apartado para entrenar, y de alguna manera ella terminó parada de manos mientras Luke le lanzaba burlas bienintencionadas. Incluso con la ayuda de la Fuerza, sus hombros empezaron a arder, sus brazos se tambaleaban. Habían pasado la última hora luchando con sus sables de luz y su cuerpo estaba exhausto.

—¿Sabes? —dijo Luke con voz petulante—, cuando hice esto en Dagobah, Yoda estaba sentado sobre mis pies.

En ese entonces repetía mucho eso: cuando hice esto en Dagobah... Era odioso y totalmente inútil. Así que Leia se lo recordó: «Eres odioso y totalmente inútil».

—También lo hice con una sola mano —añadió.

Quería provocarla para enseñarle una lección sobre la ira, la impaciencia y todas esas tonterías. Luke había olvidado que su estudiante era una soberbia estratega que se educó en la realeza. Leia no caía en provocaciones.

En cambio, reflexionaba. Se conectó con la Fuerza y la dejó fluir como sangre por sus venas. Un pequeño insecto comenzó a frotar la mandíbula, silbando una dulce y sonora melodía.

Su instinto la guio y se enfocó en el sonido. Era hermoso, puro, etéreo, completamente ajeno a las preocupaciones del liderazgo y de la enseñanza, de los fracasos y del aprendizaje.

Con deleite y concentración se levantó del suelo. Flotó de cabeza con los pies apuntando al cielo. Un momento después levantó los brazos y los colocó paralelos al suelo.

Sin embargo, era solo una estudiante, nueva en el dominio de la Fuerza, y cuando volvió en sí y se dio cuenta de lo que acababa de hacer, regresó las manos hacia abajo por si caía.

Lo hizo justo a tiempo. Perdió la forma y terminó de rodillas sobre el lodo. No importaba. Lo haría mejor la próxima vez. Levantó la vista y vio que Luke la miraba boquiabierto.

—¿Alguna vez hiciste eso con Yoda? —No pudo resistir la pregunta.

Él sacudió la cabeza sin palabras.

—Lo puedo hacer mejor —insistió—. Flotar más tiempo. Luke por fin pudo decir algo:

—Me harás ser un mejor maestro.

No era la respuesta que ella esperaba.

—¿Qué quieres decir?

Él se agachó y la ayudó a ponerse en pie.

—Tu juego de pies es terrible —dijo—. No me malinterpretes, tu técnica con sable de luz está avanzando, pero hay otras cosas que haces... naturalmente. —Hizo un gesto de disculpa—. Lo que quiero decir es que eres excepcional. Solo que... diferente.

Entonces sonrió, con esa sonrisa de granjero que lo acompañó hasta la noche de la traición de Ben.

Leia hizo un esfuerzo por sacudirse el recuerdo. Los recuerdos llegaban rápidos y vívidos esos días; sin embargo, agradeció ese último. Sería la clave para entrenar a Rey. Ella y Rey eran diferentes, los últimos vestigios de una orden muerta, y juntas harían un nuevo camino.

El grueso follaje verde se movía mientras Rey corría. La bandera roja en su mano ondeaba con cada movimiento de sus brazos. Brincó sobre helechos enredados, esquivó las enredaderas colgantes. El sudor le empapaba el cuello y le ardían los muslos por el esfuerzo. Aun así, correr por la selva no era más difícil que correr con los tobillos hundidos en la arena del desierto. Podía hacer eso todo el día.

Rey ya había derribado los dos primeros simuladores de entrenamiento y capturado las banderas que custodiaban. Había saltado un enorme desfiladero, luchado a ciegas sobre un barranco mientras se balanceaba en una cuerda floja hecha de enredaderas, atravesado una delgada cresta en lo alto del dosel de la selva. Ahora la ruta la hacía regresar y encontró a BB-8, quien la llamó.

—Falta uno —dijo Rey—. ¡Vamos!

El último remoto la eludió porque era más rápido. Más difícil. Más droide que remoto. Le dijo a Leia que ese día quería un desafío, y Leia se lo concedió.

BB-8 corrió detrás de ella pitando quejas cada vez que tenía que esquivar la raíz de un árbol. Rey disimuló una sonrisa. Siempre la impresionaba lo bien que el pequeño droide le mantenía el paso, tanto si corrían por las arenas de Jakku, por los senderos rocosos de Takodana, o por las selvas de Ajan Kloss. Su maniobrabilidad lo hacía el compañero perfecto de entrenamiento.

El droide le lanzó una advertencia.

—Ya lo vi, BB-8.

Frenó derrapándose. El remoto esférico se detuvo y flotó en el aire como si la esperara, o tal vez se burlaba de ella. Era diferente de los otros dos que había derribado: una malvada coraza roja cubría los puertos metálicos de disparo. Emitía un sonido oscuro y grave que sintió en lo profundo de su pecho.

Rey desenganchó el sable de luz reformado de Luke de su cinturón. Lo encendió. Una luz azulada brilló contra las hojas que la rodeaban mientras miraba fijamente el dispositivo. Lo iba a destrozar.

De pronto un disparo salió de uno de los puertos. Un dolor punzante explotó en la parte superior de su brazo. Rey resistió la necesidad de agarrar su brazo o incluso gruñir de dolor. Después de todo, se lo merecía. No estaba preparada. «Estar decidida no es lo mismo que estar preparada», habría dicho Leia.

Bueno, ella no era de las que cometían el mismo error dos veces. La siguiente ocasión que el simulador disparó, levantó su sable de luz para desviar el tiro y lo envió volando hacia los árboles.

Ni siquiera tuvo oportunidad de congratularse antes de que otro disparo le diera en el pecho. Por supuesto: múltiples puertos significaban múltiples disparos. Tenía que concentrarse.

Respiró hondo. Se conectó con la Fuerza.

El remoto de entrenamiento empezó a zumbar a su alrededor, parpadeando de rojo furioso mientras lanzaba una andanada vertiginosa de dardos, pero ella dejó que su instinto tomara el control y giró su sable de luz con una velocidad igualmente vertiginosa para desviar cada uno de los ataques.

Conectarse con la Fuerza se había vuelto más fácil. Tan fácil como respirar. Aunque la paz, la calma de la que siempre hablaba Leia, la eludía. De modo que, aunque fuera capaz de contrarrestar cada movimiento del simulador, no podía encontrar una apertura para atacar. «Paciencia», imaginó que le decía Leia. «Espera tu momento...».

El dispositivo remoto estaba detrás de ella, luego delante, y después por encima de su cabeza, lanzándose por el aire como una mosca zumbadora; si tan solo pudiera aplastarlo...

El simulador se alejó a toda velocidad y ella lo persiguió. Se detuvo de nuevo, lanzó más disparos para provocarla. Con los dientes apretados agitó su sable de luz. El remoto la esquivó y con el filo del sable cortó el tronco de un árbol; llovieron chispas, hojas y astillas de corteza mientras el árbol se derrumbaba y destrozaba el follaje de la selva al caer.

Saltó sobre el tronco caído tras el simulador. Atacó de nuevo. El remoto se lanzó en picada como si anticipara el arco de su arma, la esquivó apenas y el sable de luz se deslizó a través de otro árbol como si fuera de mantequilla. Una oscura nube de frustración creció en el interior de la chica.

Apenas se daba cuenta de lo que estaba haciendo cuando el instinto se apoderó de ella. Rey arrojó el sable de luz, que voló como una hélice por el aire hacia el droide rojo, quien lo esquivó y el arma atravesó otro árbol. El robot pitó al

tiempo que se lanzaba contra la cabeza de Rey, pero esa vez sí estaba lista.

Usando la Fuerza, alcanzó una rama caída que voló hacia su mano. Anticipó el ángulo exacto de ataque, levantó la rama y la lanzó contra el remoto, que quedó empalado contra el tronco de un árbol cercano.

El sable de luz volvió a su mano con un chasquido satisfactorio. El remoto rojo aplastado se retorció y soltaba chispas contra el árbol. Lo miró atenta, sintiendo que el triunfo la invadía. Tal vez la paciencia estuviera sobrevalado...

Sus oídos se llenaron de murmullos. No, era su mente. Dio vueltas para buscar de dónde provenían y entonces cayó en cuenta: estaba sucediendo de nuevo.

La jungla que la rodeaba se desvaneció. Todo se volvió mortalmente silencioso mientras la oscuridad sofocante se cerraba, amenazando con asfixiarla. En su mente surgió una imagen. Ella retrocedió con una mueca aunque no pudo evitar la horrible visión: Kyo Ren, vestido de negro y feroz, su sable de luz rojo destazando sin piedad personas con túnicas. Escuchó sus gritos, olió su sangre, vio cómo intentaban huir o rogar por sus vidas, en vano. Nada lo detuvo. Era un gigante de destrucción, monstruoso e imparable.

El alivio la inundó como una ola cuando la visión cambió, pero rápidamente cayó en la desolación total al verse a sí misma azotada por el viento y sola, de pie ante el interminable suelo fracturado de un páramo. Se le erizaron los vellos de los brazos, pues el aire estaba lleno de electricidad. Ante ella un enorme monolito se elevó y rasgó el cielo. Era negro y brillante, y proyectaba una inmensa sombra.

El monolito cambió. Se convirtió en una gigantesca cara de piedra envuelta en una capa de maldad...

No, no era una piedra. Tenía forma, en parte humana, en parte máquina, con tubos que se extendían como tentáculos, llenos de un líquido extraño. ¿Estaba viva esa criatura? ¿O...?

Destellos del rostro de Luke. Luego del de Kylo. Han Solo, con la mano contra la mejilla de Kylo. Una joven encapuchada. Un carguero volando lejos de Jakku... Finalmente, una voz ardiente en su cabeza, tan clara e insoportable como el sol del desierto: «Exegol».

Ella susurró la palabra a su vez, con voz temblorosa: «¿Exegol...?».

De repente estaba de pie ante otra estructura de piedra gigante con forma de una enorme garra, con los gruesos dedos doblados hacia arriba. Sus piernas se movieron como si fuera a huir mientras algo le hacía señas, la invitaba. Descubrió que quería acercarse a la enorme garra, quería saber qué se sentiría pasar los dedos por la áspera superficie negra.

La cosa negra de las garras era un trono; ahora podía verlo. Dio un paso adelante, pero algo pitó y dudó. El pitido continuó cada vez más insistente. La claridad la golpeó como un mazazo en la mandíbula. Por supuesto que no podía tocar ese trono. Pertenecía a la oscuridad y al mal. Ya había elegido un camino diferente, ¿o no?

Más pitidos. Algo apareció en el trono. Una figura familiar. Rey parpadeó sorprendida y consternada.

Tal como había aparecido, la visión se evaporó como la niebla de la mañana y la dejó allí, jadeando en la selva. Rey se sintió tan aliviada al sentir la vida, la luz y la verde humedad alrededor que le tomó un momento volver completamente en sí, rastrear el origen de los pitidos hasta un árbol caído, y debajo de este a un muy indignado BB-8. Se abalanzó sobre él y empujó algunas ramas.

—¡Lo siento mucho! —dijo.

Mientras ella lo sacaba, el droide balbuceaba. Necesitó ayuda de la Fuerza para liberarlo por completo. Uno de los discos naranjas que protegían su almacén modular de herramientas se había abierto por el impacto y dejó expuesto un canal oscuro a su sistema motriz. Había lastimado a su amigo. Poe estaría furioso con ella, pero no más enojado de lo que estaba consigo misma.

El pequeño droide lanzó un pitido.

—Sí, BB-8, me ocurrió de nuevo.

El droide zumbó, parte pregunta, parte empatía.

—No, todavía no sé lo que la Fuerza intentaba mostrarme, pero esta vez fue... peor. —Mucho peor. Inefablemente peor. Miró fijamente los árboles. Algunos de los destellos habían sido recuerdos. Suyos y... ¿de Kylo Ren?—. Volvamos.

Tal vez debía decirle a Leia lo que había pasado. O tal vez no. La general tenía suficientes cosas de qué preocuparse y Rey necesitaba que creyera en ella, que confiara en ella. ¿Qué diría si supiera que su frustración e ira le provocaban visiones de muerte y de un poder oscuro?

Solo necesitaba más entrenamiento. Más tiempo meditando en la Fuerza, más tiempo buscando la paz que Leia intentaba enseñarle. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Si tan solo pudiera escuchar voces a través de la Fuerza, como Leia. Seguramente Luke podría ofrecerle alguna guía. Conforme Rey y BB-8 se acercaban al campamento decidió intentarlo de nuevo. «Nada es imposible», le había dicho Leia.

—Maestro Luke —dijo—, tengo miedo.

Miró alrededor, para asegurarse de que únicamente estuviera allí BB-8 viéndola hablar sola. Se conectó con la Fuerza y dijo:

—Antes de que lo sintiera, usted lo vio. Me siento atraída hacia el Lado Oscuro. O tal vez él se sienta atraído hacia mí. No lo sé. Sea lo que sea, es más fuerte ahora y no puedo apartarlo por más que lo intento... No lo entiendo.

BB-8 pitó.

—Shhh, no interrumpas. ¿Maestro Luke? Creo que puede oírme, lo necesito...

BB-8 pitó de nuevo con más insistencia. Habían llegado al borde del campamento.

—En serio que eres molesto. Vete para allá —dijo Rey mientras le indicaba una gran caja con cerrojos.

Hizo lo que le pidió, pero expresó su indignación.

—Claro que funciona así —replicó Rey—. Hay espíritus de la Fuerza; Luke escribió sobre ellos en los textos de los Jedi. Vienen cuando más los necesitas.

El droide no dejó de expresar su escepticismo. Rey lo ignoró.

—Maestro Luke. —Intentó de nuevo—. Tengo visiones de cosas que me asustan. No quiero perder esto. Leia es como soñé que sería una madre. Y a mis amigos... no quiero defraudarlos.

Eso era. Su mayor temor. Decepcionar a la gente que había llegado a querer tanto. O incluso herirlos. Había estado tanto tiempo sola que no soportaba la idea de perderlos.

—Pero nadie aquí lo entiende... excepto Kylo Ren. Si el hijo de Han y Leia pudo convertirse, ¿no le puede pasar también a cualquiera de nosotros?

Una ramita se rompió y Rey alzó la vista. Snap Wexley y Rose Tico caminaban hacia ella con interrogantes escritas en el rostro.

—¿Cuánto de eso escucharon? —Quiso saber Rey.

—¿De qué? —repuso Snap sin parecer inocente.

—De nada —murmuró Rey.

La expresión de Rose se suavizó con empatía. La comandante del Cuerpo de Ingenieros tenía la cualidad de desarmarla. Cada vez que hablaba con ella, Rey hacía todo lo posible para evitar verter sus miedos y preocupaciones en su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó Rose.

—Sí, por supuesto, solo estaba haciendo...

—Cosas de Jedi —terminó Rose la frase.

—Sí.

Afortunadamente, Rose eligió no presionarla. Simplemente dijo:

—La general preguntó por ti.

Rey respiró hondo. Era el momento de tomar una decisión. ¿Debía contarle a Leia de su visión oscura o guardar-sela?